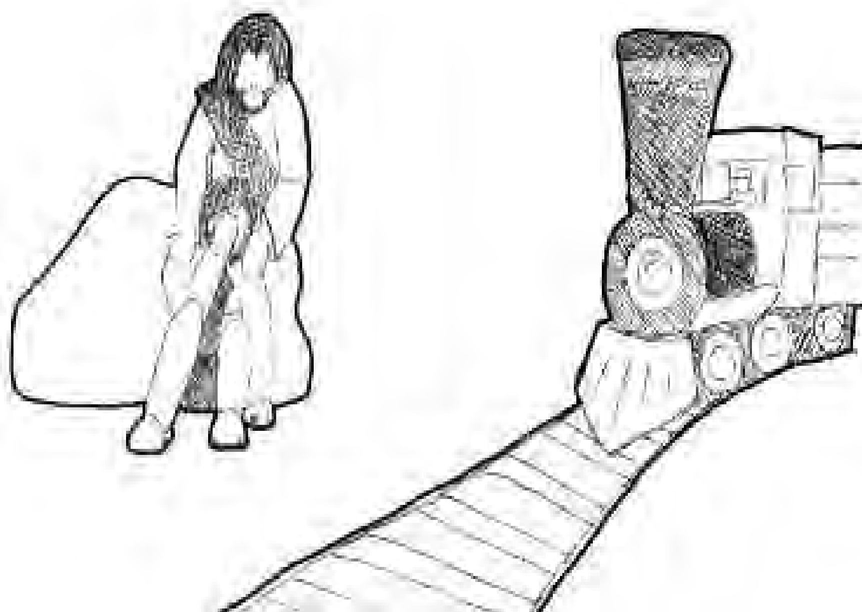
El amor fraternal



«¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente porque no lo conoció a él».
1 Juan 4: 21

A la sombra de la roca

Sábado
15 de agosto

INTRODUCCIÓN

1 Juan 3: 18

Felipe y su hermanita Tamara estaban en un valle recogiendo flores y persiguiendo las mariposas. De repente, el cielo se oscureció. Felipe le dijo a su hermana que debían marcharse lo antes posible.

Estaba bastante oscuro y en el túnel no había luces.

Comenzaron a caminar apresuradamente, corriendo por momentos. Pronto llegaron al túnel ferroviario que debían atravesar. Felipe se inclinó y presionó su oreja en el riel para ver si había vibraciones que indicaran que algún tren estaba en camino. No sintió nada. Así que los dos hermanos se adentraron en el túnel. Poco después, Felipe repitió la misma operación. Estaba bastante oscuro y en el túnel no había luces. A Felipe no le importaba caminar en la oscuridad, pero a su hermana le daba miedo. Sin embargo, ella confiaba en su hermano mayor. Pronto llegaron a la mitad del túnel. De nuevo Felipe se inclinó para saber si había un tren en la cercanía. Tamar se dio cuenta que estaban en peligro al sentir que su hermano le apretaba la mano con mayor fuerza. No sabían de qué dirección venía el tren. Felipe no sabía qué hacer. Él sabía que apenas había espacio en el túnel para que el tren pasara.

Puso a su hermanita cerca de una piedra que había en la pared del túnel. Pronto se comenzó a escuchar el ruido que hacía el tren al acercarse. Felipe le gritaba a su hermana: «¡Manténte cerca de la roca! ¡No te apartes de ella!» Después que pasó el tren, Felipe se acercó a su hermanita. Ella se abrazó de él, diciendo: «¡La roca me salvó la vida!»

Debemos permanecer cerca de Jesús la Roca de los siglos. Aprendiendo de su amor por nosotros y por todos los seres humanos.

¬*Stenoy Stephenson, Puna, India*

Domingo
16 de agosto

Amando hasta el fin

LOGOS

Marcos 12: 28-31; Juan 14: 15;
Santiago 2: 15, 16;
1 Juan 3: 11-24; 4: 7-5: 4

El tema principal de 1 de Juan es el amor. Esta carta enfatiza lo siguiente: Dios es amor (1 Juan 4: 8); el amor proviene de Dios (vers. 7): Dios nos amó y envió a su Hijo; por lo tanto, debemos asimismo amarnos los unos a los otros (vers. 10, 11).

El primer y el último mandamiento (Mar. 12: 28-31; 1 Juan 3: 23)

Para el tiempo de Jesús los judíos habían acumulado cientos de leyes. Según un historiador alcanzaban un total de 613. Algunos dirigentes religiosos intentaban distinguir entre los mandamientos mayores y los menores. Mientras tanto, otros enseñaban que todas las leyes tenían el mismo valor y que era peligroso hacer distinción entre ellas.

Debido a esta confusión, un escriba le pidió a Jesús que señalara cuál era el mandamiento más importante. Para su sorpresa, el Maestro le dio una respuesta convincente en la que mencionaba dos mandamientos. Uno de ellos tomado de Deuteronomio 6: 5, y el otro de Levítico 19: 18. Ambos están relacionados al amor. De allí que Jesús expresara en palabras sencillas todos los mandamientos vigentes por dos sencillas razones: 1. Ayudarnos a amar a Dios. 2. Ayudarnos a amar al prójimo.

El amor como la base para guardar los mandamientos (Juan 14: 15; 1 Juan 3: 22-24; 5: 1-4)

El amor nos lleva a obedecer.[1] Esta motivación hace más fácil guardar los mandamientos. Además, el amor es un elemento común que está presente en todos los mandamientos.

El amor verdadero por nuestros hermanos y hermanas (1 Juan 3: 11-15)

Juan repite las enseñanzas de Jesús respecto a que todo aquel que odia a otra persona es un homicida de corazón (Mat. 5: 21, 22). El cristianismo no es una manifestación externa, sino una religión del corazón. La amargura en contra de alguien es peligrosa, porque al final puede volverse en contra tuya como si fuera un bumerang. No permitas que ninguna «raíz amarga» brote en ti, o en tu iglesia (Heb. 12: 15).

Aunque la frase «que se amen los unos a los otros» aparece con frecuencia en el Nuevo Testamento (por ejemplo en Juan 13: 34; 1 Ped. 1: 22; 1 Juan 3: 11), en 1 Juan 3 se nos exhorta a que «nos amemos» mutuamente. Todos los que hemos pasado de «muerte a vida» no deberíamos restringir nuestro amor al círculo inmediato de nuestras amistades, sino extenderlo a nuestros hermanos en la fe. Al hacerlo, daremos evidencias de que hemos dejado atrás al mundo de muerte y que hemos entrado al ámbito de la vida eterna. Esto es una muestra de que hemos comenzado a practicar las virtudes eternas del cielo.

Amando con «hechos y de verdad» (Sant. 2: 15, 16; 1 Juan 3: 16-21)

El verdadero amor no es una emoción sino una acción que genera una dadivosidad desprendida. Asimismo, involucra la entrega personal a favor de los demás, sin esperar recibir nada a cambio. Implica colocar los deseos de los demás por encima de los nuestros. Nuestro Salvador enseñó lo mismo en Juan 15:13.

El cristianismo no es una manifestación externa, sino una religión del corazón.

Hay personas que realizan actos de bondad sin sentir un verdadero aprecio por aquellos a quienes están ayudando. Quizá actúan por un sentido de deber, o por el deseo de ser encomiados por los demás. Por tanto, Juan enfatiza la necesidad de practicar el amor genuino. Nuestros actos de amor, deben ser inspirados por un verdadero afecto por los demás, especialmente por los menesterosos.[2]

Dios es amor (1 Juan 4: 7-21)

Cuando recordamos que Dios es amor, no nos conviene pensar en el amor del mundo que es algo egoísta y vano. Cuando decimos que Dios es amor, estamos hablando de un amor santo, perfecto. El amor celestial le proporciona una razón de ser al acto de la creación, a la preocupación y el cuidado de Dios por sus criaturas. Asimismo le concede un motivo a nuestro libre albedrío; a la muerte de Cristo, a la concesión de la vida eterna (1 Juan 4: 9, 10).[3]

Debido a nuestra condición pecaminosa, se nos dificulta ver a Dios. Pero el apóstol Juan nos proporciona una maravillosa técnica con el fin de ver al Señor y para que nos podamos amar mutuamente. Si nos amamos, Dios morará en nosotros y su amor se manifestará plenamente en nuestras vidas (1 Juan 4: 11, 12).

Dios es amor, y todos los que aman morarán en el Señor y él vivirá en ellos. Al permanecer en Dios, nuestro amor se perfeccionará (1 Juan 4: 16). Un amor de ese tipo no manifiesta temor porque el amor perfecto destierra al miedo (vers. 18). Él nos dio la siguiente orden: quienes aman a Dios deben también amar a sus hermanos y hermanas (vers. 21).

«"Dios es amor" está escrito en cada capullo de flor que se abre, en cada tallo de la naciente hierba. Los hermosos pájaros que llenan el aire de melodías con sus preciosos cantos, las flores exquisitamente matizadas que en su perfección perfuman el aire, los elevados árboles del bosque con su rico follaje de viviente verdor, todos dan testimonio del tierno y paternal cuidado de nuestro Dios y de su deseo de hacer felices a sus hijos».[4]

PARA COMENTAR

1. ¿Piensas que un cristiano genuino debe tomar la iniciativa de cuidar por sus hermanos y hermanas en momentos de necesidad sin esperar nada a cambio? Motiva tu respuesta.
2. ¿Conoces a alguien que ayude a los demás para recibir el aplauso de quienes lo observan? ¿Cómo podrías ayudar a alguien así¿

---

1. *The SDA Bible Commentary*, t. 5, p. 1036.
2. *Ibíd.*, p. 656.
3. *Life Application Study Bible*, p. 2152.
4. *El camino a Cristo*, p. 8.

Joy Kuttappan, Puna, India

Lunes
17 de agosto

Mandamientos impregnados de amor

TESTIMONIO

Marcos 12: 28-31

«No se puede guardar el primero y violar el segundo, ni se puede guardar el segundo mientras se viola el primero. Cuando Dios ocupe en el trono del corazón su lugar legítimo, nuestro prójimo recibirá el lugar que le corresponde».[1]

Dios nos ha mostrado su amor inefable en el don de Cristo.

En nuestro contacto diario con los demás debemos aprender a practicar el amor celestial en palabra y en acción. «Y puesto que todos los mandamientos están resumidos en el amor a Dios y al prójimo, se sigue que ningún precepto puede quebrantarse sin violar este principio. Así enseñó Cristo a sus oyentes que la ley de Dios no consiste en cierto número de preceptos separados, algunos de los cuales son de gran importancia, mientras otros tienen poca y pueden ignorarse con impunidad».[2]

En este respecto Jesús es nuestro mejor ejemplo. Esa misma devoción, sacrificio personal y sujeción a la Palabra de Dios que se manifestó en Cristo debe verse también en nosotros. «Su carácter revela el verdadero significado de la ley, y muestra qué es amar al prójimo como a nosotros mismos. Y cuando los hijos de Dios manifiestan misericordia, bondad y amor hacia todos los hombres, también atestiguan el carácter de los estatutos del cielo».[3]

«La religión de Cristo unirá en estrecha fraternidad a todos los que acepten sus enseñanzas. La misión de Jesús consistió en reconciliar a los hombres con Dios, y así a unos con otros [...]».[4]

«Todos los que han nacido en la familia celestial son en un sentido especial los hermanos de nuestro Señor. El amor de Cristo liga a los miembros de su familia, y dondequiera que se hace manifiesto este amor se revela la filiación divina».[5]

Dios nos ha mostrado su amor inefable en el don de Cristo. Él nos ha concedido lo mejor que el cielo podía ofrecer. En respuesta a ese amor, permitamos que nuestro amor muto sea como un fuego sagrado en el altar de nuestros corazones.

PARA COMENTAR

En la parábola de Buen Samaritano Jesús nos quiso decir que todo aquel que necesita nuestra ayuda es nuestro prójimo. ¿En cuántas ocasiones hemos sido un buen prójimo?

---

1. *El Deseado de todas las gentes*, p. 559.
2. *Ibíd.*
3. *Ibíd.*, p. 466.
4. *El conflicto de los siglos*, p. 51.
5. *El Deseado de todas las gentes*, p. 592.

Synthia Murali, Chennai, India

Las dimensiones del amor

EVIDENCIA

Juan 14: 15

La ley de Dios es un reflejo de su carácter. Jesús vino a este mundo con el fin de revelar el carácter y la voluntad de su Padre. Con esto en mente, él intentó mostrarle a la gente que muchos no entendían bien el principio de amor que predomina en la ley de Dios. Lee Juan 14: 9 y Mateo 5: 17.

La ley es el reflejo del carácter divino, mientras que el amor es el rasgo distintivo de su carácter (1 Juan 4: 8). Por tanto, la ley más que cualquier otra cosa, refleja el amor de Dios. A su vez, la ley de Dios se refleja en la vida de sus hijos e hijas mediante actos de amor. Los dirigentes religiosos en tiempos de Jesús habían olvidado y corrompido ese vínculo entre la ley de Dios y su amor. Ellos creían que la ley carecía de amor, y pensaban que era más importante que el mismo amor. Esto se oponía a los propósitos divinos concernientes a la ley, que eran revelar su amor. Jesús fue más lejos cuando dijo: «Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos» (Juan 14: 15). La verdadera obediencia a la ley es el resultado de nuestro amor por Dios.

Juan revela en su primera carta las dimensiones del amor cristiano, añadiendo a lo que Jesús había resumido al discutir la ley con los escribas y los fariseos (1 Juan 3; 4). El amor de Dios tiene una dimensión vertical. En la cruz se demostró el amor que Dios siente por los seres humanos. (1 Juan 3: 1, 16). Hay algo en nosotros que desea se restaure la imagen con la que Dios nos creó. Este deseo hace que nos involucremos en la dimensión vertical del amor divino.

La verdadera obediencia a la ley es el resultado de nuestro amor por Dios.

Sin embargo, el amor de Dios también tiene una dimensión horizontal: el amor que sienten sus hijos por sus hermanos y hermanas (1 Juan 4: 21). Podemos experimentar ese amor siempre y cuando Dios more en nuestro corazón (1 Juan 4: 11). El amor por nuestros hermanos y hermanas en la fe debe ir acompañado de la acción: «Queridos hijos, no amemos de palabra ni de labios para afuera, sino con hechos y de verdad» (1 Juan 3: 18). Incluso requiere que estemos listos para efectuar el mismo sacrificio que Jesús realizó en su vida y mediante su muerte.

PARA COMENTAR

1. ¿Cuál debe ser nuestra respuesta a Dios, amarlo u obedecerlo? Motiva tu respuesta.
2. ¿Es más importante el amor por el prójimo que el amor por Dios? Motiva tu respuesta.

Lamm B. Fanwar, Puna, India

Miércoles
19 de agosto

Un amor semejante al de Cristo

CÓMO ACTUAR

Marcos 12: 28-31;
Santiago 2: 15-17; 1 Juan 3: 11

Todo cristiano, mediante la fe y el bautismo, entra en el Nuevo Pacto establecido por el mismo Jesucristo mediante su sacrificio en la cruz. ¡Qué amor! Al entrar en esta relación contractual nos comprometemos con nuestros semejantes y asentimos a participar en un mutuo apoyo. Es con un profundo gozo y gratitud, reconociendo la inmensa bondad de Dios al concedernos esta oportunidad, que entramos en la compañía de aquellos a quienes Dios ha reunido.*

Le hacemos entrega de nuestras vidas, tanto el pasado y el presente como el futuro, con el fin de responder a lo que Dios realiza a nuestro favor para que seamos el pueblo que él desea. Seguiremos a su Hijo Jesús, y viviremos más y más en comunión con el Espíritu Santo con el fin de compartir plenamente nuestra existencia con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Con fe y abundante gozo en nuestros corazones, confiando en su poder y gracia para que nos sostenga, entramos en un pacto de amor con Dios como hermanos y hermanas en Cristo.

Cada uno de nosotros se preocupa por sí mismo.

Las implicaciones prácticas pueden ayudarnos a entenderlo:

El amor genuino por nuestro prójimo es el mismo que nuestro amor por Dios. Debe ser una decisión meditada, intencional y activa. No debe ser únicamente algo emocional o sentimental. Según Jesús podrá medirse de acuerdo al amor que uno se tenga a sí mismo (Mat. 22: 39).

Ama a los demás como a ti mismo. Cuando alguien tiene hambre, se alimenta. Cuando alguien tiene sed, él o ella bebe algún líquido. Y cuando alguien se enferma toma medicamentos, o trata de ver a un médico. Cada uno de nosotros se preocupa por sí mismo. Nadie se limita a hablar de la comida, del agua o de las medicinas. Hacemos todo lo que sea necesario para conseguir lo que necesitamos. De la misma forma, no le diremos a quienes tengan frío y hambre: «"Que les vaya bien; abríguense y coman hasta saciarse", pero no les da lo necesario para el cuerpo. ¿De qué servirá eso?» (Sant. 2: 16).

PARA COMENTAR

1. Algunos no se aman a sí mismos. ¿Cómo se manifiesta este desprecio? ¿Podemos hacer algo para ayudar a esas personas?
2. ¿En qué medida estás respondiendo al mandato de Jesús de amar a tu prójimo?
3. Te sientes celoso o celosa de otros miembros de la iglesia que tienen algunas cosas que tú no disfrutas? ¿Te pones a pensar que estás demasiado ocupado u ocupada, cuando escuchas que hay algún miembro de iglesia en problemas?

**Reflecting Christ*, p. 51.

Benji Stephen, Puna, India

La religión del amor

OPINIÓN

1 Juan 4: 20

El poeta hindú que afirmó que el mundo tan solo tiene una religión, la religión del amor, puede parecernos un poco irreverente. Sin embargo, la siguiente paráfrasis de sus versos puede ayudarnos a cambiar de idea:

He aquí alguien demasiado ciego como
para ver la necesidad de su hermano.
¿Cómo podrá entonces ver a Dios
que es invisible?

El poeta parece haberse inspirado en las palabras del apóstol Juan quien dijo: «Si alguien afirma: "Yo amo a Dios", pero odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto» (1 Juan 4: 20).

Como hijos de Dios, desarrollaremos un amor semejante al de él.

El estudio de esta semana nos lleva a considerar el cristianismo práctico que Jesús enfatizó mientras le respondía a un escriba que deseaba saber cuál era el más importante mandamiento (Mar. 12: 28-31). Jesús no solamente compartió con el mayor mandamiento sino un segundo sin el cual el primero no estaría completo, ni tendría efectividad.

El «primero» y el «segundo» mandamiento (un resumen del Decálogo) nos ordenan amar al Dios verdadero con todo nuestro ser, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Desde el comienzo de la historia humana, la Biblia nos ordena practicar estos dos aspectos del amor divino, tanto en precepto como en acción.

Nada puede reciprocar adecuadamente el amor de Dios que envió a su Hijo para morir en la cruz, ni siquiera amar a nuestros semejantes hasta el punto de dar nuestras vidas por ellos. El caso de Caín ilustra vívidamente el hecho de que no podemos odiar a nuestro prójimo a quien podemos ver, profesando amar a un Dios que no vemos. Caín que profesaba amar a Dios ofreció el sacrificio incorrecto además de que odiaba a su hermano Abel tan profundamente que llegó a asesinarlo.

Dios es el dador de la vida y del amor. Como hijos de Dios, desarrollaremos un amor semejante al de él y gustosamente guardaremos sus mandamientos que no son nada gravosos. Si no mostramos amor por los menesterosos ¿cómo podremos decir que amamos a Dios y guardamos sus mandamientos? Si estamos cimentados en Dios en una relación filial, demostraremos su amor en formas tangibles y nos sentiremos confiados para cuando llegue el día del juicio final.

PARA COMENTAR

1. ¿Por qué es imposible odiar al prójimo y amar a Dios?
2. Menciona una forma en que podemos responder al sacrificado amor divino, que no sea amar a nuestros prójimos.

T. I. Varghese, Puna, India

Viernes
21 de agosto

Cristianismo práctico

EXPLORACIÓN

1 Juan 4: 21

PARA CONCLUIR

La lección de esta semana se basa en el cristianismo práctico: cómo es que nuestro amor por Dios da lugar a que amemos a nuestros semejantes. Sin embargo, expresarle ese amor a los demás puede que no sea fácil. En el amor a Dios y a nuestros semejantes debe existir también un elemento de amor propio: la autoestima que todo hijo e hija de Dios debe poseer. En ocasiones pareciera que aquellos que son difíciles de amar pueden ser quienes están más cerca de nosotros, como es el caso de nuestros hermanos y hermanas carnales, o nuestros hermanos en la fe. El deseo de poner a los demás por encima de nosotros mismos es un resultado natural del amor de Dios.

CONSIDERA

- Discutir con tu hermano o hermana, o con tu clase de Escuela Sabática, la razón por la que es tan difícil amar a quienes están más cerca de nosotros.
- Meditar en la razón por la que algunos cristianos aparentar amarse muy poco. Al igual que Martín Lutero, existen cristianos que se consideran poco menos que gusanos. Al entender el tema de la justificación por la fe (la gracia de Dios es de un todo suficiente), ayudó a Lutero a salir de su estado depresivo.
- Considerar si el hecho de tener hermanos en Cristo que provienen de culturas diferentes, determina la forma en que interaccionas con ellos.
- Resumir cada uno de los Diez Mandamientos tomando en cuenta el amor por Dios y por nuestros semejantes. Pensar en una ilustración que ayude a entender la forma en que los Diez Mandamientos se acoplan a esas dos facetas del amor.
- Entrevistar a algunos compañeros de clase, o miembros de iglesia, indagando las veces que han ayudado a otros en algún sufrimiento emocional, problema, necesidad financiera, o en la muerte de algún familiar.
- Componer un poema utilizando el tema del amor vinculándolo al «mayor mandamiento» (Mar. 12: 28-31).
- Recordar algún momento cuando alguien hizo algo por ti como una muestra de amor. Trata de hacer lo mismo por alguien a quien amas.

PARA CONECTAR

✓ Keith Burton, *The Compassion of the Christ*; James Coffin, *A Different Church for a Different World*; Mark Finley y Steven Mosley, *A Religion That Works*.

Rick Blondo, Clarksville, Maryland, EE.UU.